

El que alumbrá tu corral,
La persona generosa,
Otra nota musical,
Y el frente de cualquier cosa.

Una rica producción
Que dá la tela más cara,
Un trasto de panteón,
Y lo de coser mi "Clara."

Tu sombrero duplicado,
El agua que te refresca,
Cierta palabra de gresca,
Y el saludo más usado.

Mi todo lo encontrarás
En cualquier mansión umbría,
Son tres sílabas no más,
Y es el nombre de mi tía.

San José de Costa Rica.—25 de mayo de 1887.

ENRIQUE VILLAVICENCIO.

LA MUJER EN COSTA RICA.

Para escribir de la mujer, es preciso empapar la pluma en los colores del arco iris, y esparcir sobre los renglones el polvo de oro que sueltan las aias de la mariposa. La pluma del escritor no debe destilar sino perlas.

Diderot.

Allá en las profundidades nebulosas de la historia, en aquellos tiempos inmemoriales en que todo andaba á la buena de Dios, se consideraba á la mujer como un sér inútil y vivía sujeta al yugo de la más infame tiranía, y hasta se llegó á dudar de que tuviese alma.

Atroz blasfemia! á la cual han respondido los siglos posteriores con un terrible mentís, porque la mujer ha venido á probar, que si no puede igualarse al hombre en sus facultades y derechos, sí puede nivelársele en ilustración y cultura, y que tiene como él, un cerebro en que se caldean las grandes ideas y un corazón magnánimo y generoso, capaz de cualquier sacrificio. Y si aun después ha sido víctima de los ataques de la iglesia y de los no menos funestos errores de la ignorancia, justo es confesar hoy con toda la sinceridad del alma, que hay una distancia inconmensurable entre aquellos tiempos y éstos; que a mujer de ayer no es la de hoy; que los horizontes que se presentan á su vista no son ya os-

curos y limitados, y que si no está completa todavía la obra sublime de su redención y engrandecimiento, hay que esperar que el sol de la civilización aparezca más radiante en el cielo de la patria universal, y que se depuren las conciencias de todas esas larvas, hijas del egoísmo y de la envidia, y de todas esas bajezas que traman los hombres de la noche para obstruir su paso, y entonces la emancipación absoluta de la mujer será una conquista definitiva y habremos entrado en un período lleno de gloria y prosperidad.

Pero no pretendamos traer á la memoria recuerdos tristes de la mujer, ni lo que ella significaba antiguamente: cubramos con un velo aquel período de la noche, y gloriémonos sólo al recordar que la mujer de hoy es la reina de la familia y el alma de la sociedad, y que la balanza del hombre se está ya equilibrando con la de ella; pues si el hombre arranca aplausos al mundo y la gloria le ciñe inmortal diadema, la mujer es también admirada y aplaudida; la Fama no permanece muda, coloca sobre su frente el laurel de la inmortalidad y hace que su nombre resuene por todos los ámbitos de la tierra!

Hoy la mayor parte de los pueblos civilizados han visto en élla una verdadera fuente de moralidad y cultura, y se inclinan con admiración y respeto ante las bellezas mil que la adornan, y han comprendido también que la mujer es digna de tomar parte en el gran banquete universal, y que á su poder misterioso han brotado siempre las mejores creaciones del arte y la poesía.

Prescindiendo de otras consideraciones, veamos cómo se expresa un escritor colombiano acerca de la mujer americana y de su influencia en la sociedad.

"En los Estados Unidos de América, que hoy forman la República más grande y poderosa, se consagra tal cuidado á la educación de la mujer, que ésta desempeña el papel más importante en esa sociedad, en términos que puede decirse que, la extinción de la esclavitud fué obra de ella, pues armada con sus armas poderosas, la oración y la súplica; orando en el templo por la mañana, y en su casa rodeada de su familia por la noche, rogando á sus esposos, á sus hermanos y á sus hijos; asistiendo al *meeting*, redactando y sosteniendo periódicos no cesó en su obra evangélica hasta que cayó la esclavitud, ese Crimen Nacional como ella le llamara."

Si esta abolición es una de las páginas más brillantes que tiene la historia de Norte América, creemos que su triunfo fué debido en gran parte al carácter varonil y á la pluma inspirada de Mistress Stowe Beecher, la simpática autora de *La Cabaña del Tío Tom*, cuyas páginas han

sido escritas con el corazón, según la expresión de Alfredo de Musset.

No hay más que leer algunos párrafos de este interesante libro, para admirar allí un estilo sencillo y lleno de sentimiento, una imaginación fogosa, y sobre todo un corazón que late sólo por la libertad de los que sufren el yugo de un cruel infortunio.

Un distinguido compilador chileno dice, que si el inmortal Lincoln sacrificó su vida en aras de la patria y concluyó con la esclavitud de su país, *Mistress Stowe* ha tenido mucha parte en la abolición de esa esclavitud, disparando contra ella el primer cañonazo.

Tal fué el éxito maravilloso que alcanzó su libro, que pudo casi por completo cambiar la faz de un pueblo.

El paria se convirtió en ciudadano.

La Cabaña del Tío Tom es tan universal como *Don Quijote*, y ha sido traducida en todas las lenguas vivas, y se han hecho de ella numerosas ediciones en todos los países.

Si tal es la influencia de la mujer en la sociedad ¿cuál no será su poder cuando pone al servicio de una causa noble, como *Mistress Stowe*, su vida, su corazón y sus lágrimas, porque ya todos saben lo que puede una mujer que llora?

Tenemos, pues, que la influencia de la mujer es de suma importancia en la sociedad,—y que ver por su educación y cultura, es seguramente dar un gran paso y llamar á las puertas de un positivo adelanto.

Pero es preciso que hagamos abstracción de la mujer en general, y que nos concretemos únicamente á la mujer de Costa Rica, que es el objeto de nuestro artículo.

Aunque hay verdades que no se pueden decir muchas veces por amargas, tenemos hoy que confesar una, aunque con dolor de nuestra alma, y es que la mujer de Costa Rica todavía no llena las aspiraciones de todos los que deseamos para ella un porvenir venturoso, y una posición al presente que cuadre mejor con los adelantos del siglo.

Y por esto no se diga, que pedimos peras al olmo, pues creemos que la mujer de nuestro país por medio del trabajo y la aplicación constante, puede llegar á alcanzar un alto grado de cultura y recibir una educación fina, en la verdadera acepción de esta palabra.

Algunos padres de familia se hacen la ilusión de creer que con dos años de colegio ya es suficiente para que una señorita adquiera una buena educación y los conocimientos necesarios para llamarse instruída, sin acordarse talvez de que durante ese tiempo no hacen más que saludar á

la ciencia y preparar sus facultades para entrar en estudios de alguna importancia.

La mujer necesita de una educación, si no completa, por lo menos bastante adelantada, y para ello es preciso que visite el colegio siquiera seis años y de una labor constante.

Recuerdo que una vez decía con mucha gracia, una señorita de esta capital, que cómo querían que ellas se educaran bien, si cuando apenas cumplían quince años ya las sacaban del colegio y no volvían jamás á tocar un libro ni á estar al corriente siquiera de las noticias del día.

Y ciertamente, son muy pocas las señoritas que después que salen del colegio toman un libro y se ponen á estudiar, ó por lo menos á recordar lo que han aprendido. Se entregan por completo á los paseos, los bailes, las modas, á todo aquello que está bajo el dominio de los sentidos y no se acuerdan de que están perdiendo un tiempo precioso, pudiendo aprovecharlo en cosas útiles que puedan servir para lo futuro.

Se nos dirá que están en el período de las ilusiones, y que es muy natural la alegría de una señorita cuando asoma á las puertas del mundo y que va á lucir sus gracias; pero éste no es un motivo poderoso para que abandonen los estudios; y de ahí que al poco tiempo se les olvida casi todo y no se apuran gran cosa para recuperar lo perdido.

Si la mujer gusta siempre por su hermosura, más debe llamar la atención por su educación y por su fondo moral.

De nada sirve que una mujer sea una verdadera maravilla, tan linda como una estrella, sino tiene una buena educación, esta prenda tan bella y que tanto cautiva al hombre.

El hombre sensato se inclina más ante la corona del talento, que ante el poder de la hermosura.

Hace algún tiempo que un amigo nuestro habló en una disertación acerca de la posición de la mujer en Costa Rica. En cierta parte, y con razón, echaba la culpa al hombre que ha mirado siempre con mucha indiferencia el porvenir de la mujer, sin duda porque ignora que la importancia y moralidad de un pueblo depende en gran parte de la educación que se le dé á la mujer y de las consideraciones con que se la mire. Y hasta tal extremo llega nuestra indolencia, que permanecemos sordos ante la voz de nuestra misma conciencia, que nos hace tremendos cargos, y nos dice que la mujer está llamada á desempeñar un papel muy importante en la sociedad.

Nosotros creemos que una vez que se eduque á la mujer de nuestro país bajo principios sólidos y duraderos, que sus sentimientos se des

arrollen sólo al calor del bien y bajo el sol de la libertad, que se la sorprenda con algo nuevo de vez en cuando y que pueda servirle de estímulo, entonces se levantará gentil y encantadora de la tumba del olvido, y aparecerá en la escena social radiante y alegre como el cielo de la hermosa Italia, la hija encantadora del Adriático, con toda la savia y el espíritu del siglo, con una alma impresionable por todo lo bello, por todo lo grande, por todo lo heroico, y con un corazón dispuesto siempre á hacer el bien, que sabrá compartir mejor con el hombre sus penas y alegrías, como también sus triunfos y derrotas, y cual otro Mentor, señalarle el camino que debe seguir para llegar á puerto seguro.

No es ilusión lo que á nosotros nos hace expresarnos de este modo, pues tenemos la firme creencia de que la posición de la mujer en Costa Rica, cambia en todas sus faces, si alumbra para ella otro sol, si nos proponemos estimularla, instruírla mejor y hacer que las necias preocupaciones sociales desaparezcan completamente, y que tengamos siempre para ella, la benevolencia y el aplauso!

Triste es ver por cierto una juventud rebosante de vida, y con deseos de sembrar en su corazón la semilla del bien y bañar su inteligencia en la luz de la verdad, y no poder realizar sus aspiraciones porque la crítica fría é inexorable extiende sobre ella sus alas de fuego y quema muchas veces en flor las más risueñas esperanzas. Y esto es tan cierto, que basta solamente tratar de este asunto para que alguien diga que la mujer de nuestro país no necesita de gran cosa, que para estar en la casa no necesita ser *bachillera* y que con medio aprender á bailar y cantar algo, confeccionar con más ó menos habilidad un traje de color de cielo, y ataviarse lujosamente y con cierto salero, ya tiene suficiente para llamar la atención de todos y quedarle bien al galán que la requiebra, y sobretodo para brillar en los salones y en el teatro como estrella de primera magnitud.

¡ Aberración imperdonable, opinión triste de ella!

La mujer puede brillar en casi todos los ramos del saber humano, y desea ver ceñida su frente con esa aureola inmaculada que tanto engrandece y diviniza.

Por lo demás, la mujer de Costa Rica es bella y seductora, y tiene en sus ojos no sé que iris de melancolía como revelando una alma grande y generosa.

Prepárese, pues, á la lucha, que si todos la ven con deseos de otros horizontes y de otra luz para su inteligencia, todos la aplaudirán y su ini-

ciativa encontrará eco en los corazones sinceros y bien intencionados. Prepárese, pues, que ya es tiempo de que haga á un lado las preocupaciones que tanto la mortifican, y se entregue con ardor y entusiasmo á atesorar conocimientos para que más tarde digan de ella otra cosa y pueda desengañar á aquellos que decían que su inteligencia no era accesible á los estudios y que era nacida sólo para el hogar. Entonces abrigue la esperanza de que un porvenir risueño le está reservado á sus ojos y que bien temprano no faltará quien premie con justicia su laboriosidad y su talento.

Esto de decir que la mujer está condenada al hogar, es un error muy grande y sólo puede comprenderse en almas de pasiones mezquinas y de un egoísmo sin límites. Esta es una ofensa, si se quiere, al bello sexo. Y si penetramos más allá, cualquiera que viera con desdén á la mujer, con ese desdén propio de las almas raquílicas, y que no le importara que lo más sagrado de ella, como es su virtud, rodara al abismo insondable de la desesperación y la miseria, no haría otra cosa que degradarse á sí mismo, porque la mujer es alma de nuestra alma, pedazo de nuestro corazón, luz de nuestros ojos, el sólo estímulo para las acciones generosas y para convertir al hombre en héroe ó monstruo, lo que ella quiera, —y porque no puede el hombre, según dice Sócrates, prescindir de la mujer, y su unión es tanto más útil, cuanto que el uno tiene en sí lo que le falta al otro.

Nosotros trataremos siempre que podamos de asuntos referentes á la mujer; procuraremos inclinarla á la lectura de obras instructivas y cuyos principales argumentos sean la virtud siempre premiada y el talento que todo lo domina, y que deje en el fondo del alma una saludable lección moral.

La mujer así educada, sin trabas, con más libertad, dando alas á su inteligencia y entusiasta por todo aquello que tienda al mejoramiento de su condición en Costa Rica, creemos que sólo así conseguirá un triunfo completo y veríamos en ella, no una mujer simplemente, sino el hechizo más pulido y delicado que salió de las manos de Dios, y tendríamos entonces que mirarla con más respeto todavía, porque en ella estarían reunidos todos los atractivos y bellezas que un hombre podría apetecer.

ALBERTO RODRÍGUEZ.

San José.—1887.